

LAS ESCULTURAS DE RAMÓN ABRANTES

Agustín García Calvo



No teniendo uno mucha facultad para gozar del espectáculo, de la presencia visual en que se le priva de los oídos y las manos, cargando incluso con algún prejuicio contra la vista, por reina justamente de los sentidos y porque el imperio mismo de la idea bajo el que se debate uno se le aparece fundado en la imagen visual, siendo uno incapaz de aguantar un museo o una exposición (esas cárceles de la cultura) mucho más rato de lo que aguanta la permanencia en unos grandes almacenes, y sobre todo, teniendo especial inquina al género literario de la historia y de la crítica del arte (¡como si no bastara, ángeles santos, con que hubiera artistas, que encima tenga que haber quienes escriban de lo que el artista hace!), no es extraño que sea la primera vez que se le ocurre a uno caer en tal

pecado, y más bien lo extraño, y que yo mismo no acabo de entender, es que esté aquí quebrando ese rechazo sistemático y haciendo una excepción singular para dar noticia de las esculturas de Ramón Abrantes. Confío en que sea para bien, esto es, con motivo de alabar las obras de Abrantes, maldecir indirectamente de muchas otras cosas.

Ramón Abrantes es provinciano (cría del Duero y de los barrios bajos de Zamora, pescador a ratos y medio pescadero otros) y le importa tan poco serlo que yo creo que ni se da cuenta. Además era Zamora una ciudad tan llena de artistas (por no contar los poetas), y viviendo algunos incluso de su oficio, que era bastante fácil y gustoso ser provinciano allí. El público de la corte apenas podrá tener una muestra de las mañas de Abrantes más que llegándose por la Gran Vía a ver el gran panel de hierro labrado que decora la entrada de la ferretería que hay en la acera de la izquierda bajando hacia la Plaza de España y ya cerca de ella; y me alegra tener que ofrecer una muestra utilitaria y descaradamente mercantil, expuesta al menos a los ojos distraídos de los viandantes, y no a los atentos y preocupados de los visitantes de exposiciones. Por lo demás, confieso que la ocurrencia de escribir esto me ha nacido de haber tenido que visitar la exposición de esculturas que tiene en Zamora abierta estos días (creo que hasta fin de mes), y si se me llama a contradicción, ¿qué voy a hacerle?

Se trata de una treintena de piezas amasadas, cinceladas y pulidas o bruñidas y talladas, en el corralillo con cuchitril que le hace de atelier, a lo largo de unos cuantos años. Hay bastantes bronce y un par de tallas, pero las más son piedra dura. Ha venido Abrantes adiestrándose con placer infatigable en todas las técnicas y herramientas de su oficio, artesano ejemplar de las varias artes de la lucha con la materia; y seguro que no ha contribuido lo que menos a ese adiestramiento el haberse dedicado muchas veces a imitar (¿diré «falsificar»?) románico, de capiteles o crucifijos de hierro, que seguramente, dotado por sus artimañas propias de la pátina adecuada, andarán por ahí muchos, en palacios o comercios de antigüedades, pasando como buenos; como lo que son. Es decir, que, en un mundo que cultiva el estilo personal como sustitución del arte, se ha olvidado de tener estilo; o si las obras lo tienen, es según los años y la materia y tema que les toca. Ahora les ha tocado las maternidades (la mayoría de los bronce) y a los torsos de mujer en diversas piedras, con algunos también en madera y bronce.

Pero son dos pensamientos los que me han venido y se me han cuajado con motivo de la vista y tacto de estas obras, y los que me han movido a escribir esto, bajo el nombre del escultor, por agradecimiento de haberme hecho notar un par de cosas acerca de las artes de las que antes no me había dado cuenta.

Lo uno toca a la relación del arte con el trabajo. Que las obras de arte deben servir para algo que no sea ser piezas de cultura lo sabía desde la adolescencia, y es viejo en mí el aborrecimiento del arte y la poesía que no pretende siquiera servir para que la gente, en las plazas públicas y en las casas, lo vea con disfrute cotidiano, lo palpe, lo cante y lo recite de memoria, y sean así bienes de consumo como los otros, sino que se contenta con ser una creación y figurar,

bajo un nombre propio, en la historia del arte o la literatura. Pero estas obras me han enseñado otro modo más íntimo de la relación. No sólo es que haya visto a Abrantes sudar en la faena, rajarse las muñecas a golpe de buril y mazo (no sé si ustedes habrán sentido cómo es de duro el mármol de Paros, la piedra negra de Calatorao, el viejo granito de Pereruela: hace falta verlo y palparlo domeñado por el cincel y el asperón en ondulaciones delicadas, con sentido de piel viva, para saberlo un poco), sino que en las obras, bajo el siempre blando y difuminado pulimento de sus contornos, late en el corazón de la piedra misma la dureza del trabajo; y así me he dado cuenta de que el arte es como una imitación y caricatura de trabajo humano, del forzado y sometido a la necesidad; justamente porque la obra está labrada en tiempo libre (sin tiempo: en recuerdo de cómo el mar o los ríos labran y pulen desde antes de tiempo los guijarros), y porque se hace para el mero juego, la gala y el placer, por eso revela y hace burla de la condena del trabajo real y necesario (como hace también sudar y moler los huesos una danza y el juego del teatro), como si la obra estuviera gritando, desde su meollo de trabajo escondido y despreciado, «Aquí también, como en el tajo y la cadena de la fábrica, se trabaja y se sume carne y tiempo, pero para nada, para nada.» Y por eso es el esfuerzo (y su ocultación bajo la gracia) inseparable del arte, y es vano esperar que la genialidad o capricho personal (la musa sola, que se llama ahora genio del artista), produzca nada que pueda valer para gozo de la gente, aunque sirva para adoración y compra por las masas cultas. Arte sin trabajo que vencer y despreciar sería como escultura sin piedra, bronce ni madera: trampantojo de hechicero para los papanatas.

El otro pensamiento venía de que estas esculturas representan todas (las más de las veces sugiriendo apenas) masa de mujer, ya mujeres enteras abrazadas con sus niños, ya Leda en mármol, con su cisne apegadito de alas a su regazo, escondiendo amorosamente el pico bajo su barbilla, pero sobre todo en los torsos, recostados, doblegados, en andadura, en danza, que generalmente han perdido en el aire la cabeza y los brazos por un lado, las piernas de las rodillas para abajo por el otro, de modo que se centran justamente en lo que manda ocultar la moral antaño: el regazo como centro, y alrededor los muslos y las nalgas, el terso vientre, los pechos, siempre altos pero atenuados, las espaldas con el leve resalte y la curva de la espina. No quiero tampoco en esto acordarme de lo que imagino sobre la cachondez y castidad del escultor: no sepamos tampoco aquí lo que la obra debe costar de sacrificio de vida o de ilusión de vida. Son las obras mismas las que lo cuentan: estas obras son ¡tan castas!, ¡tan sensuales! ¿Cómo pueden darse juntas esas cosas? ¿Qué ha pasado aquí? Pienso que lo que ha habido es sencillamente una transmutación, una alquimia de cincel, entre materia y tema; la sensualidad está en la piedra, es la de la piedra. Me ha dejado Abrantes, sin celos, rozarlas y sobarlas: lisura de la piedra de Calatorao, de los mármoles italianos y yugoslavos, chispeo y rugosidad, casi impalpables, del mármol de Alicante, del granito de Pereruela, hebra sinuosa del roble americano, magulladura leve del palo rojo. Se aprende tanto, palpando, de piedra y de mujer al tiempo. Es como si, en contrapunto de la situación habitual, en que el tesoro de dulzura y sensualidad de la hembra de hombre se encuentra, al abrazo, trocada en la dureza y esquinamiento a que la ley del Padre la condena, en cambio en estas obras aquella sensualidad y ternura de las mujeres se hubiera

transportado a la piedra dura (ya que el tiempo hace piedra a las mujeres, ¡hágase mujer la piedra!), y hubiera quedado allí, encantada, en la gracia del amor dormido, en piel viva de piedra para las manos desengañadas de los hombres.

No sé, en fin, si estos dos pensamientos tendrán a su vez que ver entre sí más de lo que me parecía. En todo caso, deseo para Ramón Abrantes larga vida y fuerzas para acometer moles mayores, de tamaño de mujer real, y más grandes todavía, del tamaño de las diosas; y le doy gracias por la obra de sus manos.

El País, 1979